



## Cartas al Director

### Cartas desde el medio rural

Así, como si de una feria de material tecnológico se tratara, se empieza a denominar lo que puede llegar a ser el comienzo de una nueva sociedad centrada y fundamentada en el gran desarrollo de los medios de comunicación, justificada en la necesidad de estar bien informados y motivada a través de la incorporación a nuestra vida de multitud de «cachivaches» (móviles, ordenadores...) que se cuelan en nuestras casas como un juguete y terminan haciéndose imprescindibles.

Así como en su día se produjo la revolución industrial, que dio lugar a un siglo de cambios radicales en la forma de entender la vida, las relaciones laborales, la relación entre las personas... probablemente el boom tecnológico ante el que nos encontramos suponga una revolución social parecida.

«Es el signo de los tiempos», dicen algunos, «son procesos imparables, renovarse o morir» dicen otros... Pero ¿cómo puede afectar a las personas este fenómeno imparable, trepidante veloz... e incontrolable?

### La mentira del ciudadano libre

La primera impresión que se desprende de esta invasión de nuevas tecnologías es que quien las usa se ve utilizado como un mero consumidor. Las tecnologías se ven superadas al poco tiempo de estar en el mercado y la compra de un aparato conlleva múltiples aplicaciones y complementos que nunca terminan de saciar mis supuestas necesidades. Esta necesidad desahogada de adquirir nuevas tecnologías, de estar renovando continua-

mente nuestros equipos ¿sirven para mejorar nuestra información, para ganar en calidad de vida, para hacernos ciudadanos más libres?

### La mentira de la libertad de información

Hace 30 años todos teníamos solo dos cadenas de TV: la nacional y (los privilegiados) UHF, y decíamos que no podíamos elegir. Con la llegada de la libertad de ondas, podemos disponer de infinidad de canales televisivos... en las que se ofrece la misma programación a las mismas horas, porque «el mercado así lo exige». Por muchas cadenas y emisoras que haya, todas tienen un dueño (a veces es el mismo quien posee varias) y esa cadena se alimenta a través de los ingresos por publicidad de las empresas y multinacionales. Difícilmente quien depende del dinero de los poderosos puede manifestarse crítico con quienes les dan de comer en conflictos laborales, en denuncia de injusticias, en defensa de opciones políticas que benefician a los empobrecidos

### La mentira de una sociedad más desarrollada y madura

Es la era del *telemirador*. La vida privada de las personas pasa a hacerse pública a través de la red, así como lo público empieza a convertirse privado a pasos agigantados. Aparecen por la pantalla una y otra vez, ciudadanos contando sus miserias y sus desgracias, sus intimidades y sus secretos. Todo tiene un precio y por tanto todo se compra y se vende. Uno sufre y se lamenta con todo lo que aparece en la pantalla, (sufimiento virtual) mientras que aquello que no aparece... no existe, no importa... aunque afecte a miles de personas.

Se potencia el espectáculo basura, es decir, aquel que uno nunca pagaría por ver en una sala pública, pero que en la intimidad del hogar devora, y por tanto se fomenta su emisión y su abundancia, aunque luego nunca confesemos que los vemos.

### Una nueva relación laboral

Las empresas ya están viendo una fórmula ideal para eliminar gastos. No necesitan oficinas ni locales... ¡Hágalo Vd. mismo desde su casa! Incluso hay quien ve en esto una fórmula aceptable para trabajar en los pueblos y evitar así su despoblación. Simplemente habrá que tener el trabajo terminado para determinada fecha. Lo cierto es que tu casa termina haciendo las veces de oficina, el tiempo que dedicas a trabajar es mayor que en la empresa porque al no tener horarios de entrada ni salida, la jornada no termina nunca, las horas las metes porque tú quieres, luego no te las paga nadie. Desaparece la conflictividad laboral, ya que no existen los compañeros de trabajo con los que hacer «piña», se fomenta el aislamiento y el individualismo, se elimina la relación interpersonal.

En fin, que telépolis puede ser, si nos descuidamos, el comienzo de una nueva sociedad descentralizada, plural, compuesta por individuos en su intimidad, prestando atención a multitud de actividades que alguien desde el poder evalúa, controla, rechaza, potencia, premia...

Para ello es imprescindible que nuestros niños lean poco, piensen menos, pero dominen perfectamente el ordenador. Las avalanchas de juegos informáticos que hay en el mercado ayudan a ello.

Alguien dijo que la tecnología era neutral (igual que el dinero ja,ja) es decir, que no es ni mala, ni buena, todo depende de quien la utilice, pero no podemos ser ingenuos y permanecer ajenos a la sociedad en que nos encontramos a las motivaciones, valores y estímulos que la mueven.

Es verdad que todo este potencial tecnológico podría permitirnos logros como trabajar menos desarrollando más riqueza, que esa riqueza se convierta en auténtico desarrollo humano para todos, que el ser humano pudiera ser más libre, que el hambre en el mundo desapareciera en pocos años... Pero todo hace indicar que por ahí no van los tiros.

Que podamos estar en la antelana de una sociedad más deshumanizada aún o que los medios que disponemos sirvan para conseguir un mundo al servicio de las personas depende en cierta medida de nosotros, de Ud. y de mí, de que seamos conscientes de lo que nos está pasando y no estemos dispuestos a permitirlo.

Una propuesta: apague la TV y léase un libro, eso le ayudará a ser más persona.

LUIS ENRIQUE HERNÁNDEZ

Maestro de pueblo

### Asignatura de religión

Este país nuestro nunca cambiará y siempre estamos a vueltas con los mismos temas, las grandes cuestiones nacionales. La religión es una de ellas, y afortunadamente ahora no nos cuesta sangre como antaño.

Con el nuevo siglo la cosa es mucho más sencillita, a Dios gracias, y no se pasa del rifirrafe sobre la asignatura de religión católica en los colegios.

De vez en cuando una de las tres «marías», con la gimnasia



## Cartas al Director

y las manualidades, entra en la agenda política.

Discuten los políticos por el valor académico de la asignatura de religión, y a mí me parece que todo es un gran despropósito porque no sé si se puede meter algo tan delicado, tan profundo, tan íntimo en el concepto de «asignatura», y mucho menos dotarlo de una puntuación numérica.

No estoy hablando de lo influenciada que está nuestra cultura y nuestra historia por el cristianismo, pero eso es historia de España y de la civilización occidental, ni tampoco me refiero a la religión cristiana como portadora de un mensaje de «bien ser», aunque eso es...tica. La religión es mucho más.

Es difícil construir un sistema de educación en valores humanos prescindiendo del cristianismo, que además es la religión mayoritaria en España. Personalmente pienso que Jesús, el Cristo, es el referente ético más grandioso en la historia de la humanidad, independientemente de hasta donde llegue nuestra fe. ¿Por qué ese empeño en quitar la cruz de la aulas? Será más bien que lo que se pretende «descolgar» (con un poco de razón y otro de sinrazón) es una determinada ideología.

Pero, a mi juicio, lo de la asignatura de religión católica es otro tema, como que los profesores de esta materia impartida en la escuela estatal sean designados por la Iglesia Católica sin pasar por el mismo sistema de oposición que el resto del profesorado.

La cultura, la civilización y la ética en las escuelas; la

educación de la fe en las catequesis parroquiales.

JAVIER LÓPEZ

### Religiosidad popular

La impronta familiar y del entorno dejó en mí un gusto por lo popular. Tanto es así que pertenezco a tres de las seis hermandades que existen en mi Parroquia. Pero lo hago críticamente incorporando la segunda aportación de mi educación familiar: el gusto por la vida comprometida y las cuestiones sociales. En este campo mi lucha es, desde hace tiempo, acercar el Evangelio a esta expresión de la religiosidad popular: hacer entender que nuestra fe debe llevarnos a una vida en la que se encarne el mensaje de Jesús y no a una vida de «beata», que las hermandades no pueden limitarse a procesionar una imagen y a saturarnos de liturgias, sino que la mejor procesión es la procesión hacia los pobres de Yahvé y la mejor liturgia el trabajo por los demás.

Hay que reflejar al patrón en la vida de la hermandad y podemos hacerlo de múltiples maneras. Una cosa que he recordado muchas veces a los responsables de nuestras hermandades es la necesidad de que sustenten algún tipo de obra social o dediquen parte de sus ingresos a instituciones caritativas ya constituidas como hacen algunas hermandades de otras poblaciones. A esto contestan diciendo que no es fin suyo ocuparse de los pobres y que «el dinero que tie-

nen es de la Virgen o del Santo» (grave error porque ni Dios ni sus santos necesitan al señor euro). Estas contestaciones se dan porque en el fondo falta formación y hay ignorancia. Este es otro de mis caballos de batalla: la formación unida a la oración. El creyente tiene que saber dar razón de su fe — a su nivel, por supuesto—. El creyente tiene que dedicar tiempo en su vida para leer y pensar el Evangelio, y con la Sagrada Escritura en una mano y el periódico en la otra (K. Barth) reflexionar sobre la realidad. El creyente tiene que orar: abrir el corazón a la llamada de Dios para que en el agradecido diálogo con Éste surja la vocación y la fuerza para realizarla.

La religiosidad popular es muy rica e interesante, no sólo en su terreno propio, sino también en el de la antropología cultural, el arte, el folklore, etc. Lo fundamental, desde luego, es que refleja la fe de las gentes sencillas que careciendo de la formación teológica, pero amando a Dios, han desarrollado formas de expresarlo tomando de aquí o de allí tradiciones que han sincretizado. La cuestión no es, pues, rechazar de plano esta riqueza, sino encauzarla. Este es un —para no levantar susceptibilidades—, un discernimiento de lo que es aprovechable y positivo y lo que no. Esta es tarea de laicos pero también de la jerarquía que aquí tiene que andar con pies de plomo, encauzar todo esto con mucho cuidado, porque si no aparece como

enemiga de sus propios fieles. En principio, lograr que una persona tenga presente a Dios por unos momentos a través de la procesión, o la ofrenda de flores, etc., es positivo. Pero el problema está en que muchas veces se da esto teñido de una «superchería» o un trato con lo sagrado que no tiene más profundidad que un comercio (do ut des). Esto es totalmente rechazable.

Quizá el éxito y el resurgimiento de las formas de religiosidad popular están en que vitalmente exigen poco. De hecho mientras que durante unos años la práctica religiosa oficial se ha visto afectada con un descenso, las prácticas de religiosidad popular se han mantenido casi estables o han crecido, incluso. Desde luego se dejan ver algunas de las características de la religiosidad posmoderna (ausencia de sentido comunitario, uso civil, poca trascendencia vital, credo a la carta, etc.) dentro de la religiosidad popular, convirtiéndose muchas veces ésta en un «folklore religioso» (Card. Marcelo González), que, por cierto, es agradable a las autoridades civiles que acuden solícitas a «representar» al pueblo y de paso se dan un baño de multitudes.

Se que en el círculo de nuestra revista «Acontecimiento» resulte extraña esta crítica de la religiosidad popular. A lo mejor parece poco «crítica». Creo que al menos es equilibrada. Religiosidad popular sí, pero siempre y cuando refleje el Evangelio.

JOSÉ LUIS LORIENTE